



Universidad de Navarra

LA LOGICA ORIGINARIA
DEL EMPRENDEDOR

Alfredo Rodríguez*

DOCUMENTO DE INVESTIGACION N° 382
Marzo, 1999

* Candidato al Doctoral del IESE

División de Investigación
IESE
Universidad de Navarra
Av. Pearson, 21
08034 Barcelona

Copyright © 1999, IESE
Prohibida la reproducción sin permiso

LA LOGICA ORIGINARIA DEL EMPRENDEDOR

Resumen

En este trabajo me propongo desarrollar los orígenes de la teoría del emprendedor. Para ello, trataré de poner de relieve cómo los autores clásicos de la teoría del emprendedor, en el ámbito centroeuropeo, son un punto de referencia inexcusable en la comprensión de dicha teoría. El tema que les une es la elaboración de una teoría de la acción, en el ámbito tanto de las ciencias naturales como de las ciencias sociales. El eje temático que aglutina sus intereses es la cuestión del valor y, especialmente, su orientación subjetiva. La comprensión del emprendedor pondrá de manifiesto la importancia de la teoría de la acción, creadora de valor, en un ámbito de interacción social, y su incidencia en la objetividad de la investigación científica.

LA LOGICA ORIGINARIA DEL EMPRENDEDOR

Introducción

El fenómeno emergente del «emprendedor» explica gran parte de los acontecimientos económicos y empresariales de este final de siglo. No en vano hoy en día se destaca, entre otros trazos del emprendedor, el notable crecimiento en el empleo que ha generado esta figura. Esta misma visión, con datos empíricos, la aporta Drucker (1997) y es sostenida por Reynolds (1991) al tratar el comportamiento del emprendedor en un contexto social. Si queremos entender la lógica del funcionamiento actual del capitalismo, en la base de la teoría económica, y que orienta múltiples formas de organización empresarial, tenemos que explicar la lógica de su formación: es decir, las claves sobre las cuales surge el emprendedor y que dan lugar a este tipo de conducta.

Desde una perspectiva histórica, con el paso del tiempo los acontecimientos suelen ser irrelevantes para la investigación; sin embargo, no ocurre así con las ideas que las sustentan (Kantrow, 1986). Así ocurre con el concepto de emprendedor y las ideas que le dan soporte. De aquí surge el interés de este trabajo, que pretende indagar los orígenes del emprendedor y el marco conceptual del cual surge. Nuestro propósito no es realizar un estudio histórico convencional, sino buscar lo que Burke (1978) llama «activadores»: aquellas ideas, sucesos y personas que ponen en marcha nuevos procesos.

La tesis de este trabajo es mostrar cómo el particular espíritu de la moderna práctica económica capitalista y empresarial que rodea la actividad del emprendedor, se encuentra en la metodización de la conducta: un tipo específico de racionalización humana.

El conflicto de los métodos –«Methodenstreit»– (1) va a marcar la pauta a seguir: de un análisis histórico del agente racional, se pretende llevar a cabo un análisis de la individualidad histórica que permita una comprensión de la conducta del emprendedor. Esto supondrá afrontar el tema del capitalismo desde un enfoque distinto del historicismo alemán. Concretamente, este nuevo enfoque, representado entre otros por Menger y Schumpeter, en economía, y Weber, en sociología, está centrado en los actores sociales, los motivos de su acción, la comprensión que ellos tenían de los valores morales y las normas culturales que guiaban su conducta. En este enfoque se estudia el origen de la idea de «profesión» y la «dedicación abnegada», que era y sigue siendo uno de los elementos característicos de la

(1) El conflicto de métodos –«Methodenstreit»–, es un decisivo debate entre la escuela histórica alemana y la escuela austríaca sobre el modo apropiado de cultivar la ciencia económica. Se inicia el año 1883. Protagonistas de este decisivo debate histórico sobre el modo de cultivar la ciencia económica, aun sabiendo que hay más, son: C. Menger, W. Roscher, G. von Schmoller, E. von Böhn-Bawerk, J.A. Schumpeter, F. von Wieser, W. Sombart, M. Weber, G. Simmel, W. Windelband, H. Rickert, E. Troeltsch, L. Brentano, entre otros.

civilización capitalista. De este modo, la actividad profesional es el resultado de que el trabajo se realice como un fin en sí mismo, por razón del peculiar tipo de vinculación vocacional (1) que une al trabajador con el trabajo.

La concepción weberiana del trabajo descansa en dos puntos básicos:

- a) En todo trabajo profesional se esconde un elemento irracional (2), sin el cual no termina de entenderse la actual configuración de la racionalidad económica.
- b) Este elemento irracional confiere sentido a partir de la racionalización de la conducta en el mundo con fines ultramundanos (3).

Por nuestra parte, trataremos de mostrar cómo el ideal moderno ha sufrido un doble deslizamiento hacia el subjetivismo, que le ha hecho perder buena parte de su valor. Por un lado, el *individualismo*, que ha olvidado teórica y prácticamente la condición dialógica de la persona humana. Por otro, se ha producido una negación de todos los horizontes de significación, una «deconstrucción de los valores», que no es otra cosa que *nihilismo*.

Nuestra propuesta –que presentamos en el enfoque alternativo al final del trabajo– varía sustancialmente en el modo de entender la vocación. La vocación abarca a toda la persona, por lo que en el proyecto global de la vocación encuentran justificación o rechazo los contenidos concretos de la vida, el conjunto de tareas, decisiones y aspiraciones que la van configurando. Esta vinculación vocacional aporta un nuevo espíritu a la «profesión», que no puede ser sino «espíritu ético», comunicando al trabajo un sentido de misión que ennoblece y da valor a la existencia humana. La diferencia que observamos entre el actual concepto de vocación y el que queremos proponer es la siguiente. En el ideal moderno se insiste en la vocación destacando la «libre elección» y la «ausencia de impedimentos»; en nuestra propuesta se resalta la «llamada» y «un destino». Respecto a la profesión, el ideal moderno la entiende como «expresión creadora espontánea», mientras que en nuestra propuesta la entendemos como «proyecto».

El análisis que se efectuará será de unas prácticas que descansan sobre unas tradiciones: conocer su lógica originaria nos ayudará a entender –proyectivamente– su lógica actual. Esta es la razón última por la que este trabajo no puede ser considerado simplemente como una investigación histórica. Interesa analizar cuál es la conducta de este agente racional que da lugar a tantos fenómenos económicos y organizativos, de los cuales depende, en gran medida, el avance de las ciencias sociales.

El trabajo tendrá tres partes diferenciadas: una, más descriptiva, que hace referencia a la emergencia del emprendedor desde la teoría económica y la sociología; otra, que pone de relieve la metodología inserta en la economía y sociología; y, por último, un enfoque en el

(1) Por «vinculación vocacional» se entiende, en el pensamiento de Weber, una determinada forma de relacionarse el hombre con su profesión. El error de muchos críticos de Weber (1995; original 1904-1905) es pensar que éste aporta una explicación histórica de un proceso histórico, cuando lo que Weber pretende es elaborar un modelo sociológico plausible de la conducta humana que establezca una afinidad de secuencia lógica entre la forma vocacional de relacionarse el hombre con su profesión, y la abnegada, metódica y planificada forma de vida que requiere el capitalismo moderno.

(2) Por elemento irracional –desde el punto de vista del propio interés eudemonístico– entiende Weber la dedicación abnegada al trabajo profesional, que era y sigue siendo uno de los elementos característicos de nuestra civilización capitalista

(3) Los fines ultramundanos vendrán dados por el ascetismo peculiar del protestantismo calvinista.

que se sugiere una interpretación alternativa a la originaria de «la profesión como vocación», más acorde con la estructura psicológica de la persona humana, que sirva de base para futuras investigaciones.

1. Una aproximación histórica: contextualización

Los primeros estudios sobre el emprendedor hay que situarlos históricamente a finales del siglo XIX y principios del XX. Se realizan en el contexto de la teoría de la utilidad marginal, que servirá de base para un posterior desarrollo de una teoría empresarial.

Quien por primera vez introduce el término «entrepreneur» es Cantillon (1931, original de 1755), en su primer tratado sistemático sobre economía. El «entrepreneur» es concebido como un agente que compra medios de producción a precios que son inciertos en el momento en que se compromete a sus costes. Además, reconoce la actividad económica que lleva a cabo y destaca los elementos de dirección y especulación que entran de algún modo en la actividad empresarial.

Con posterioridad, Say (1964, original de 1805-1807), en su «Tratado de economía política», sugiere que el «entrepreneur» es el agente que combina a los otros en un organismo productivo.

John Stuart Mill (1988, original de 1848), bajo la influencia de Say, se esfuerza por resaltar que el «entrepreneur» requería una «capacidad no ordinaria», pero sin mayor especificación. Mill, como señala Hayek en su introducción a una edición reciente del libro de Menger (1983, original de 1871), «contribuyó en parte a poner al descubierto las lagunas del sistema clásico».

En el ámbito anglosajón, Marshall le denominará «business management». La idea de carácter juega un papel decisivo. El empresario tiene éxito no por azar, sino por poseer un sólido y robusto carácter. La influencia mengeriana en los postulados marshallianos es puesta de manifiesto, en la introducción a la traducción castellana de «Principios» de Menger (1983), por Hayek (1). El propio Schumpeter (1990, págs. 151-155), aun difiriendo en el planteamiento de fondo (2), reconoce la decisiva contribución de este economista inglés a la posterior configuración del empresario. Sin embargo, hasta este punto, economistas como Walker en Estados Unidos, Marshall en el Reino Unido y Mangoldt en Alemania, aportaron poco más a la función empresarial.

Nos situamos, por tanto, en este momento histórico, pues, como señala Zaratiegui (1996, pág. 63), «las confusiones se producen cuando pretendemos aislar una figura que no ha existido nunca en la historia económica: “el empresario típico”. No tiene mucho sentido rastrear los archivos en busca de individuos particulares que puedan ser denominados “entrepreneur”».

(1) A pie de página hace constar que este hecho aparece confirmado por las numerosas notas marginales del ejemplar de los «Principios» utilizado por Marshall, conservado en la Marshall Library of Cambridge.

(2) «Llama sobre todo la atención la definición que Marshall hace del empresario, que trata sus funciones como gerencia en el sentido más amplio. No la aceptamos porque no considera el punto saliente y único que distingue las actividades del empresario –se refiere a la innovación– de otras diferentes» (Schumpeter, 1976, pág. 87).

En este marco, la actividad del emprendedor comienza a resaltarse como un concepto no reducible a una concepción estrictamente económica (Drucker, 1997, pág. 53). Esta es la razón por la que Schumpeter (1976, pág. 259, original de 1912), a quien se le atribuye propiamente el origen de lo que hoy en día se entiende por emprendedor, intuye que «hay una impresión de sentido común de que existe algo que se llama una capacidad para los negocios, que incluye una aptitud para la administración eficiente y para la decisión rápida». Pero entender esta postura schumpeteriana –en el surgimiento del empresario como un determinado profesional–, requiere una previa aclaración de los supuestos que asume: la teoría de la utilidad marginal.

2. Menger: la corriente circular

En Menger, considerado uno de los fundadores de la teoría de la utilidad marginal, se encuentra el origen de lo que vendrá a configurar la lógica del emprendedor como profesional. Para una adecuada comprensión conviene resaltar que la importancia de la teoría mengeriana estriba, fundamentalmente, en la ruptura que supone con el modo en que los clásicos entendieron el proceso económico. De otra parte, el análisis económico que se lleva a cabo se basa en el individualismo metodológico (1); el propio Menger (1983) se encarga de explicarlo en la introducción a sus «Principios». Y esa metodología abrirá las puertas a la teoría racional del valor (2). Nos encontramos, por tanto, con los dos supuestos que van a presidir el desarrollo de la moderna economía capitalista:

1. Teoría subjetiva del valor.
2. Individualismo metodológico.

El análisis mengeriano se centra en una «lógica de necesidades» y en su satisfacción. Si se dispone de los bienes necesarios para esta satisfacción, entonces las necesidades dependen únicamente de la voluntad, y de este modo se dispone de todo lo necesario para alcanzar el fin práctico, porque la vida y el bienestar están en sus manos. Esto es posible, en la teoría mengeriana (1983, págs. 108-109), porque el valor es un juicio que no existe fuera del ámbito de su conciencia, sino que dependerá de la significación que se otorgue a las necesidades. La teoría subjetiva del valor encontrará en este enfoque mengeriano su fundamento en la teoría formal de los valores.

Al carácter de bien que satisface una necesidad le precede la virtud que las cosas tienen de poder entrar en relación causal con la satisfacción de una necesidad, a lo que Menger denomina utilidad. En la medida en que el individuo reconoce esa conexión causal y tiene el poder de disposición sobre la cosa, entonces ésta adquiere el carácter de bien. No obstante, el bien no necesariamente ha de encontrarse en el nexo causal inmediato entre las cosas y la

(1) No se discute que el concepto de individualismo metodológico se remonta a Menger, aunque la expresión es de Schumpeter (1908, págs. 88-98). Posteriormente vuelve a hacer acto de presencia en la obra de Max Weber y, de modo especial, en una carta de 1920 que dirige a otro economista marginalista, R. Lietman. Un desarrollo actual de esta cuestión, con amplia bibliografía, puede encontrarse en Cubeddu (1997, págs. 131-145).

(2) La idea fundamental de la teoría de Menger consiste en suponer que los hombres atribuyen valor a los bienes porque los necesitan. Una de las cuestiones que estaba en juego en esos momentos no era precisamente de poca monta: la construcción de una teoría subjetiva del valor asociada a una teoría de las necesidades. El gran problema teórico de los modelos marginalistas será cómo hacer compatibles estas dos exigencias aparentemente contradictorias: de un lado, una teoría subjetiva del valor; de otro, la concepción a priori de la racionalidad económica.

satisfacción de necesidades. Los diferentes órdenes de bienes (1) son bienes por su relación causal con la satisfacción de una necesidad. A su vez, la cualidad de bien de los bienes de orden superior está condicionada por la correspondiente cualidad de bienes de orden inferior. Esta sutil distinción entre los diversos órdenes de bienes y su relación causal, lleva a Menger (1983, pág. 66) a intuir por dónde debe desarrollar su tarea el emprendedor. «La forma más ruda de economía de ocupación se limita a la recolección de los bienes de orden ínfimo que la naturaleza ofrece espontáneamente. Los hombres, en cuanto sujetos económicos, no ejercen ninguna influencia en la producción de los mismos. Su nacimiento y desarrollo no depende ni de la voluntad ni de la necesidad humana. Son accidentales, bienes al servicio del hombre sólo por azar. Pero si los hombres abandonan esta forma ruda de economía, si exploran las cosas a través de cuya conexión dentro del proceso causal surgen los productos alimenticios y se apoderan de ellos, lo que equivale a transformarlos en bienes de un orden superior, entonces estos alimentos aparecen, al igual que antes, en virtud de la ley de la causalidad, pero ahora ya no son causales, accidentales, respecto de los deseos y las necesidades de los hombres, sino que constituyen un proceso sujeto al poder humano, regido a tenor de los objetivos humanos, aunque siempre dentro de los límites puestos por las leyes naturales.»

En esto radica la corriente circular (2): en el equilibrio que manifiestan las leyes por las que se rige la economía. El desarrollo cultural y el bienestar se hacen depender del creciente conocimiento de las interconexiones causales de las cosas, así como del dominio de los diversos bienes de orden superior (3).

Es importante esta apreciación mengeriana porque de aquí va a surgir la figura del empresario como un profesional. Para entenderlo es preciso hacer notar, como observa Menger, que del mismo modo que los hombres se esfuerzan por tener las ideas claras para saber la cantidad de bienes de que disponen, en orden a satisfacer sus necesidades, no es menos su deseo de saber la cantidad de bienes que tienen aquellos con quienes están unidos por el intercambio. Si el intercambio es insignificante, el deseo de saber la cantidad de bienes que poseen otros carece de interés (4). Ahora bien, si se desarrolla un amplio intercambio –especialmente como consecuencia de la división del trabajo– y la satisfacción de necesidades depende del intercambio, el interés por conocer la cantidad de bienes que poseen otras personas es evidente, pues están a su disposición no de forma directa, sino indirecta, es decir, por el intercambio.

-
- (1) Por órdenes ha de entenderse la distancia del bien respecto del acto final de consumo. Conservando la distinción mengeriana entre bienes de primer orden, de orden remoto o superior, para Mises (1997, págs. 116-117) «tales juicios desbordan el campo de una ciencia... que se enfrenta con la acción humana tal como efectivamente se produce en el mundo. Lo que cuenta para la praxeología y la economía no es lo que el hombre debería hacer, sino lo que, en definitiva, hace». La praxeología se hace deudora de los valores de la modernidad: utilidad y placer. Sobre la relación entre subjetivismo, praxeología y economía en Mises, véase Buchanan (1982) y Butler (1988, págs. 137-149).
 - (2) El objetivo fundamental que se propuso Menger era desarrollar una teoría unitaria del precio que pudiera explicar todos sus fenómenos y, en concreto, y sobre todo, los intereses, los salarios y las rentas, desde el concepto de utilidad como elemento central de la totalidad del análisis económico. En ese empeño no hace sino allanar el camino para llegar a la concepción del sentido subjetivo y personal del valor.
 - (3) Para Menger, la actividad económica es esencialmente una planificación en orden al futuro, y su concepción de los diferentes espacios temporales a los que se extiende la previsión humana en orden a la satisfacción de las diferentes necesidades tiene un acento decididamente moderno.
 - (4) Es interesante advertir cómo empieza a vislumbrarse en Menger la función característica del emprendedor, que no se presenta por sí sola, sino que puede verse ahogada por otras funciones que no son la función empresarial, sino más propias del «manager».

Ahí emerge una clase profesional especial. Dejemos que sea el mismo Menger (1983, pág. 80) quien relate la génesis de la emergencia del empresario a la luz de la creciente división del trabajo basada en el intercambio. «Apenas la cultura de un pueblo ha alcanzado un cierto nivel, suele surgir, de la mano de la creciente división del trabajo, una clase profesional especial, que actúa como intermediaria del intercambio y que libera a los restantes miembros de la sociedad no sólo de la preocupación por los aspectos mecánicos de las operaciones (expedición, división, conservación de los bienes, etc.), sino también de la tarea de tener en cuenta las cantidades disponibles. Asistimos así al fenómeno de que una cierta clase de personas tiene un interés especial, vinculado a su profesión, aparte de otras circunstancias generales de que tendremos ocasión de hablar más adelante, por conocer de la manera más exacta posible la situación de la cantidad de bienes (los llamados stocks en sentido más amplio de la palabra) de que disponen los pueblos o algunos sectores determinados de los pueblos con los que hacer intercambios. Se trata de una actividad que, a tenor de la actitud que adopten las personas que actúan de intermediarias en la vida de los negocios, abarca unas regiones más o menos amplias, municipios, provincias o también países y continentes enteros.»

En otro momento, al tratar de la mercancía y la intención que tiene el propietario de venderla, hace una mención aún más explícita al surgimiento del empresario. «En definitiva, las ventajas económicas que pueden conseguirse con la realización práctica de las mencionadas posibilidades son lo bastante considerables como para permitir el nacimiento de una clase especial de sujetos económicos que se ocupan de la parte intelectual y mecánica de las operaciones de intercambio necesarias para la sociedad, y obtienen sus ganancias a base de reservarse para sí una parte de los beneficios de la operación» (Menger 1985, pág. 209, original de 1883).

La tarea que lleva a cabo Menger puede considerarse como el primer intento de relacionar el estudio de las ciencias sociales con el giro de la ciencia económica que se conoce con el nombre de «revolución marginalista». Como afirma Cubeddu (1997, pág. 39), «la economía es para Menger una disciplina capaz de abrir nuevos horizontes sobre las motivaciones y sobre las realizaciones de la acción humana. Lo cual le enfrentó a la orientación predominante en el área germánica, que colocaba a la economía en una posición subalterna. Menger se aparta de esta orientación y plantea en nuevos términos las relaciones entre política, ética y economía; libera a esta última de una consideración instrumental y subordinada, e innova la teoría sobre el origen y desarrollo de las instituciones sociales» (1).

La innovación mengeriana se apoya en la distinción entre dos fundamentales orientaciones de investigación: la individual (la histórica) y la general (la teórica). La primera aspira a conocer la esencia individual y la conexión individual; la segunda, la esencia general y la conexión general de los fenómenos. El objetivo de las ciencias teóricas consiste, pues, en establecer «los tipos (las formas fenoménicas) y las relaciones típicas (las leyes) de los fenómenos, proporcionándonos de este modo la comprensión teórica, un conocimiento que trasciende la experiencia inmediata y el dominio sobre el fenómeno, cuando poseemos todas las condiciones de existencia». Lo que se propone Menger, y posteriormente será retomado por Schumpeter y Weber, es «ordenar los fenómenos del mundo real en tipos rigurosos tal como se presentan en su realidad empírica, y obtener relaciones típicas rigurosas (las “leyes de la naturaleza”）」 (Menger, 1985, págs. 34-35).

(1) Para comprender la atmósfera cultural en que se halla situada la obra de Menger, y cuál era entonces la consideración de la economía en las universidades alemanas y austríacas, véase Schiera (1987, págs. 185-205, en particular en pág. 187, donde se menciona la posición de Menger contraria a someter la economía a la «ciencia de la administración».

Este nuevo marco teórico será el punto de arranque del posterior desarrollo de una teoría comprensiva del empresariado por parte de Schumpeter, y una sociología comprensiva por parte de Weber. De este modo, lo común a los autores que se mueven en la órbita de la «revolución marginalista» es la centralidad de la acción social y, en buena medida, la centralidad del sujeto como conciencia racional.

3. Schumpeter: el desenvolvimiento económico

Avanzando un poco más en la configuración del emprendedor, hemos de reparar en la decisiva aportación de Schumpeter. Para una adecuada interpretación del planteamiento schumpeteriano es preciso tener presente, como punto de partida, la asunción de la teoría de la corriente circular mengeriana y el concepto de racionalidad weberiano (1). Basándose en estos dos supuestos, Schumpeter (1976, pág. 73) señala que «el objeto de nuestra investigación son precisamente esos cambios o transformaciones –que suponen la función empresarial– y los fenómenos que aparezcan como consecuencia de ellos» (2). Esta es la finalidad sobre la que va a girar la teoría comprensiva del empresariado schumpeteriano. A través del análisis de la función empresarial característica y la ganancia que se desprende de esa función, comienza una tarea de conceptualización del «empresario tipo». Para ello:

1. Se necesita una palabra: empresario.
2. Conviene tener presente que esta característica de su función no se presenta por sí sola, sino que puede verse ahogada por otras funciones que no son la función empresarial.
3. La función característica cae dentro del aspecto más amplio del liderazgo (3). Se resalta la acción directa sobre otras personas, frente al ejemplo.
4. La retribución del empresario no se establece en término salarial, sino como un valor descontado de las ganancias excedentarias por el incremento del valor de sus activos.
5. La función empresarial no tiene por qué estar vinculada a una persona física. Un medio social también puede cumplir esa función, y resulta difícil distinguir quién en concreto es empresario.

(1) La asunción de la teoría de la corriente circular puede verse en Schumpeter (1976) en el capítulo I. La asunción del concepto de racionalidad weberiano puede verse en la nota 1 del inicio del capítulo II de la misma obra. La tesis weberiana consiste en defender que la actual racionalidad económica únicamente puede entenderse a partir de un tipo histórico de racionalidad ética –capitalismo– que incluye un elemento de irracionalidad –dedicación abnegada intramundana procedente del ascetismo calvinista– que termina por ser un componente normativo de la profesión.

(2) Los cambios o transformaciones a los que hace referencia Schumpeter son producto de la introducción del dinamismo en la corriente circular mengeriana, como un componente de la conducta del emprendedor. Dicho dinamismo dará lugar a un tipo de conducta, la innovación, que es lo que caracterizará la esencia de la función empresarial por diferencia a otras funciones que son más propias de la gerencia.

(3) Para Schumpeter (1976, pág. 97) el liderazgo surge «solamente allí donde se presentan nuevas posibilidades». Las acciones que el líder lleva a cabo son: 1) conducir los medios de producción a nuevos caminos; 2) conducir –en el sentido de llevar– a otros productores tras de sí, y 3) rendir un servicio cuyo conocimiento exacto requiere los conocimientos de un especialista (Schumpeter, 1976, págs. 98-99).

En la construcción del modelo analítico que explique el cambio económico, comienza Schumpeter preguntándose cómo trabajaron los miles de individuos cuya acción combinada produjo estos resultados. La respuesta a esta cuestión la encuentra en el uso incesantemente diferente que se hizo de los factores de producción. Con esta explicación introduce Schumpeter –he aquí su novedad respecto al planteamiento mengeriano– el dinamismo (1) en la corriente circular propuesta (2). Al construir un modelo analítico del mecanismo del cambio económico y estudiar las razones del cambio, señala Schumpeter (1976, pág. 263) que «vemos inmediatamente que el simple incremento de población y del capital físico no es la respuesta», sino el resultado, más que la causa, de lo que empieza a identificarse como actividad empresarial (3).

La conceptualización que se lleva a cabo de la función y ganancia característica de esta actividad conlleva «una conducta racional con arreglo a futuro», que dará lugar a un comportamiento con un esquema de motivación –que no es de clave hedonista en ningún sentido– distinto al reseñado por Menger (4). En el planteamiento schumpeteriano (1976), al introducir el dinamismo en la corriente circular el emprendedor se fragua a lo largo del tiempo, pues de lo contrario acabará por perder su carácter empresarial (5). En esta diferente magnitud, los motivos que inducen al empresario son:

1. El ideal y la voluntad de fundar un reino privado. Se corresponde con la propiedad privada.
2. La voluntad de conquista: el impulso de lucha, de manifestarse como superior a los demás, de tener éxito por el éxito mismo y no por sus frutos. La ganancia pecuniaria es indudablemente una expresión muy exacta del éxito.

(1) Por dinamismo entiende Schumpeter (1976, pág. 75) los cambios «que no pueden explicarse por la influencia de los datos extrínsecos, sino que surgen dentro del sistema, y esta clase de cambio es la causa de fenómenos económicos tan importantes que vale la pena construir una teoría económica especial para ella, aislando este objeto de los demás factores de las modificaciones». La distinción entre estática y dinámica la toma Schumpeter (1976, pág. 71) de J.B. Clark en su obra «Essentials of Economic Theory», en la medida en que «vio los elementos dinámicos como factores perturbadores del equilibrio estático. Esta es también nuestra opinión, y también es fundamental la investigación de los efectos de esta perturbación y el nuevo equilibrio obtenido. Pero mientras Clark se confina a lo dicho, viendo en ello –lo mismo que Mill– el significado de la dinámica, nosotros expondremos primero una teoría de dichas causas de perturbación, en la medida en que signifiquen para nuestra posición algo más que meras perturbaciones en que nos parezca que de su aparición dependen ciertos fenómenos económicos esenciales».

(2) El paradigma neoclásico define situaciones de equilibrio atemporal, estáticas, donde no entra el dinamismo. Schumpeter entiende que la teoría del equilibrio general en la moderna economía capitalista ha de tener en cuenta la temporalidad y el dinamismo de la acción humana. La razón estriba en que la acción del emprendedor es una acción dinámica.

(3) En este mismo sentido, señala Weber que «es un error muy extendido el pensar que entre las condiciones decisivas para el desarrollo del capitalismo occidental figura el incremento de la población» (Weber, 1978, pág. 295).

(4) No obstante, es preciso señalar una coincidencia que mantienen ambos economistas, pues Menger parte ya del «homo oeconomicus», en el que los motivos de la acción están ya plenamente diferenciados.

(5) La temporalidad es una medida que permitirá verificar la perdurabilidad del carácter empresarial o, por el contrario, si ese carácter se ve ahogado por otras funciones que son más propias del «manager» pero no del empresario.

3. El gozo creador, de hacer las cosas, o simplemente de ejercitar la energía y el ingenio. Aquí se expresa el carácter antihedonista y antiutilitarista de la economía marginalista frente al planteamiento neoclásico (1).

La génesis que explica el comportamiento del empresario hay que situarla, para Schumpeter (1976, pág. 25), en los factores decisivos del proceso económico:

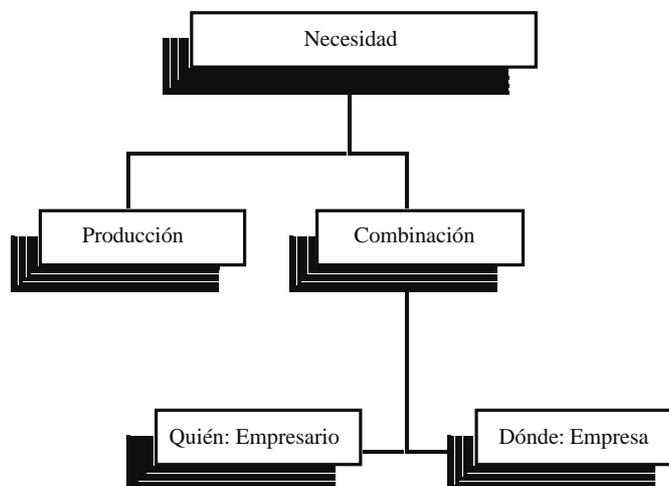
1. Condiciones externas dadas.
2. Necesidades del individuo.

Para una mayor comprensión de esta génesis, conviene tener presente que Schumpeter se basa en el planteamiento mengeriano de la ciencia económica como una «lógica de necesidades» (2). La naturaleza humana se considera esencialmente como un haz de necesidades; y en éstas –como en su causa– se basan todas las actividades humanas en general y la actividad económica individual en particular (3). Así, la teoría de las necesidades cumple con el papel de puente que une las «ciencias naturales» con las «ciencias del espíritu». Las necesidades son «naturales» en el sentido de espontáneas, mas su encauzamiento y satisfacción corren a cargo de la razón deliberativa.

Los factores de producción –necesarios para efectuar nuevas combinaciones– siguen a la necesidad. En los criterios que rigen la producción, los de carácter económico prevalecerán sobre los tecnológicos, y no parece que pueda ser de otra manera a la vista de los presupuestos de la teoría de la utilidad marginal. La producción es, tanto desde el punto de vista tecnológico como desde el económico, combinar las cosas y fuerzas a nuestro alcance.

-
- (1) Es interesante resaltar, como aprecia González, que «el nuevo hombre económico racional se construye, en clave antihedonista, como generalización de la específica ascesis empresarial, que planifica los procesos de reproducción del capital superando la inmediatez instintiva del ciclo trabajo-consumo, dolor-placer» (González, 1989, pág. 312). Weber, manteniendo el carácter antihedonista y antiutilitarista de la economía marginalista, va más allá que Schumpeter: se puede trabajar de tal forma que el trabajo –en sí mismo considerado– sea una forma de renuncia al mundo y, por tanto, de alienación del mundo (no de quien trabaja, sino del mundo). Esto es posible porque el trabajo recibe su sentido no desde el mundo en el que se inscribe y transforma, sino desde el mundo al que se orienta. El trabajo aparecerá en Weber (1995, pág. 255, n. 105) como una actividad impersonal y con un carácter extraño –alienado– del mundo.
 - (2) «Si no hubiese necesidades no habría actividad económica» (Schumpeter, 1976, pág. 100). Las necesidades son entendidas por Menger como «instintos enraizados en la propia naturaleza del hombre» (Menger, 1983, pág. 67). Weber asume también este planteamiento mengeriano. Así lo hace notar Aron (1992, pág. 291) al señalar que «el trabajo es un accionar económico en la medida en que es el ejercicio pacífico de la capacidad, poseída por un individuo o varios, de disponer de materiales o de herramientas para satisfacer necesidades».
 - (3) Coincide Schumpeter con Menger en la centralidad de la voluntad para alcanzar el fin práctico: combinación de nuevos productos en orden a la satisfacción de necesidades (Schumpeter, 1976, pág. 139).

De este modo, el proceso que se sigue puede esquematizarse del siguiente modo:



Llegados a este punto, es preciso interrogarse sobre qué ha de combinarse. Si debemos partir de la satisfacción de necesidades, dado que es la finalidad de toda producción, «por lo general, las innovaciones en el sistema económico no tienen lugar de tal manera que las nuevas necesidades surjan primero espontáneamente en los consumidores, adaptándose más tarde al aparato productivo. No negamos la presencia de ese nexo. Pero, por lo general, es el productor quien inicia el cambio económico, ayudando incluso a los consumidores si fuera necesario; les enseña a necesitar nuevas cosas, o cosas que difieran en algún respecto de las ya existentes» (Schumpeter, 1976, pág. 76). Entonces, la respuesta a la cuestión de qué ha de combinarse es clara: toda clase de objetos y fuerzas con vistas a la obtención de nuevos productos o que difieran de algún modo de los ya vigentes (1). De este modo, el trabajo que se origina, como consecuencia de la actividad que lleva a cabo, no ha de identificarse con un producto, sino que debe entenderse como medio original de producción (2). Es coherente este planteamiento con la teoría del valor que asume. Entonces, la cualidad de empresario, para Schumpeter (1976, pág. 88), tiene sentido «solamente cuando se llevan efectivamente a la práctica nuevas

-
- (1) En el análisis schumpeteriano esta apreciación es importante, pues fuera de este supuesto que conlleva una cualidad específica, nos encontramos con el hombre de negocios que no participa de la cualidad que distingue al empresario: la innovación. De esta forma, Schumpeter entiende por empresa «la realización de nuevas combinaciones», y por empresarios «a los individuos encargados de dirigir dicha realización». Es consciente, como indica un poco más adelante, que «nuestro concepto de empresario es más limitado que el tradicional, por no incluir a todos los gerentes, consejeros o industriales que se limiten a poder explotar negocios establecidos, sino sólo aquellos que en realidad realizan esa función» (Schumpeter, 1976, págs. 84-85). Lo que revela esta función del empresario es una conducta racional muy especial. Weber (1995) hace una distinción similar. Distingue entre el capitalismo de «aventureros» y el capitalismo «moderno», que podría compararse con los conceptos actuales de «negocio» y «empresa». El capitalismo de «aventureros» supone una búsqueda irrefrenable de ganancias, mientras que el capitalismo «moderno» se funda en la obligación disciplinada del trabajo como un deber.
- (2) Para Schumpeter, es Böhm-Bawerk quien consigue conectar bien el trabajo con la producción. Los economistas clásicos trataron el trabajo de forma unilateral, relacionándolo estrechamente con los resultados (Schumpeter, 1976, pág. 30, véase nota 18). Weber lo expresa de modo similar: «La realidad de la acción económica nos muestra siempre una distribución entre hombres diversos de los servicios más distintos, y una coordinación, en extremo diversa, con los medios materiales de producción». A esa coordinación «orientada por disposiciones» es lo que denomina trabajo (Weber, 1984, pág. 64; original de 1922). De modo parecido, Georg Simmel hará notar, teniendo en cuenta que es en la relación donde se crea valor, que el trabajo, entendido como un modo de relación, en sí mismo no tiene valor, puesto que es creador de valor (Léger, 1989, pág. 59).

combinaciones, y se pierde el carácter en cuanto se ha puesto en marcha el negocio; cuando se empieza a explotar igual que los demás explotan el suyo». Este concepto de trabajo, consecuente con la actividad que desempeña el empresario, será de suma importancia en el pensamiento schumpeteriano, pues servirá de punto de partida para entender lo que es una organización. La función característica del empresario puede verse ahogada por otras funciones que no son la empresarial. Para explicar esta posible confusión, que haga perder el carácter empresarial en una organización, acude a las relaciones existentes entre los bienes tierra-trabajo. Explica que respecto a la precedencia, ambos factores son indispensables para la producción, y respecto al papel que desempeñan, ambos son equivalentes. Se usan con principios económicos y reciben consideración económica. De este modo vuelve a dejar claro su posicionamiento al lado de los teóricos de la utilidad marginal.

Basándose en el trabajo que se desprende de la actividad que lleva a cabo, distinguirá Schumpeter entre:

1. Trabajo director.
2. Trabajo directivo.

Respecto al trabajo director, señala que se halla más alto en la jerarquía del organismo productivo y tiene algo de creador, en el sentido de que crea sus propios fines. Respecto al trabajo directivo, señala que se halla a la par con la tierra. Esta distinción es coherente con la tarea de conceptualización que lleva a cabo y en la que se resalta que convenía tener presente que esta característica de la función empresarial no se presenta por sí sola, sino que puede verse ahogada por otras funciones que no son la función empresarial (1).

El empresario innovador (2), en una organización, ha de ser consciente de su doble dimensión del trabajo: director y dirigido. Si así no fuese, el carácter innovador quedaría ahogado por otras funciones, haciéndole perder su carácter empresarial.

La noción de empresario que aporta Schumpeter es fuertemente deudora del enfoque comprensivo de la acción social que lleva a cabo Weber. La asunción de la racionalidad weberiana, señalada, como se vio, explícitamente por el propio Schumpeter, no debería dejar pasar por alto hasta qué punto la teoría comprensiva del empresario schumpeteriano como innovador conecta con la contraposición que hace Weber entre el espíritu tradicionalista y el nuevo espíritu económico empresarial (3). Una vez vista la emergencia del emprendedor desde la economía, se hace preciso completar esta perspectiva descriptiva con la visión que se aporta desde la sociología. Para ello nos centraremos en el modo en que Weber resuelve la contraposición basándose en el concepto de profesión como enclave ético para la explicación de este nuevo fenómeno económico y empresarial.

(1) Para Schumpeter, el trabajo director es propio de quien ejerce la actividad empresarial. El trabajo directivo será consecuencia de aquellas funciones –más propias del «manager»– que ha de ejercer, pero que no deben perturbar la esencia del carácter empresarial.

(2) También habla de perspicacia como Kirzner, pero no lo resalta como rasgo tan esencial (Schumpeter, 1976, pág. 98). Véase Kirzner (1975, especialmente el capítulo II).

(3) «Y esos nuevos empresarios no eran tampoco especuladores osados y sin escrúpulos, naturalezas aptas para la aventura económica, como las ha habido en todas las épocas de la historia, ni siquiera gentes adineradas que crearon este nuevo estilo oscuro y retraído, aunque decisivo para el desarrollo de la economía, sino hombres educados en la dura escuela de la vida, prudentes y arriesgados a la vez, sobrios y perseverantes, entregados de lleno y con devoción a lo suyo, con concepciones y principios rígidamente burgueses» (Weber, 1995, págs. 69-70).

4. Weber: una sociología comprensiva

Desde la sociología, la aproximación weberiana al emprendedor –siendo de tipo conceptual como la desarrollada por Menger y Schumpeter–, trata de buscar una explicación al origen de esta nueva conducta racional del agente económico. Pero no se contenta con explicar el espíritu del capitalismo como un aspecto del proceso general de racionalización de la vida humana, sino que pretende «investigar de qué espíritu es hija aquella forma concreta del pensamiento y la vida “racionales” que dio origen a la idea de “profesión” y a la dedicación abnegada (tan irracional, al parecer, desde el punto de vista del propio interés eudemonístico) al trabajo profesional, que era y sigue siendo uno de los elementos característicos de nuestra civilización capitalista. Este elemento irracional que se esconde en éste y en todo concepto de “profesión”, es precisamente lo que nos interesa» (1).

Lo que trata de explicar Weber es que la racionalidad económica, en presente, sólo puede entenderse desde un tipo de racionalidad, en pasado, que incluye un elemento de irracionalidad que termina por constituir un componente normativo de la profesión (2). La sociología comprensiva weberiana, en su intento de buscar relaciones causales, establece relaciones de significado de este nuevo fenómeno económico y social que constituye una ruptura con el tradicionalismo capitalista (3). Observa Weber que la emergencia de este nuevo fenómeno económico es resultado de hacer socialmente operativo el espíritu burgués a través de un *ethos*, es decir, un conjunto de virtudes que conforman un estilo profesional. Como dice Weber (1995, pág. 69), el nuevo espíritu empresarial «encarna cualidades éticas específicas» (4). En su obra «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» trata de dar cabal respuesta a la afinidad existente entre la racionalidad económica y esa otra que incluye un elemento de irracionalidad que procede del ascetismo calvinista (5).

-
- (1) De modo similar, Schumpeter (1976, págs. 266-267) se formula la misma cuestión: «Nos encontramos a menudo con una *actitud* que es, sin duda, un requisito necesario para la teoría a la que hemos aludido. Por ejemplo, es necesario saber si la actitud racional o racionalista hacia la vida se ha formado o no por el tipo de mentalidad que domina en la sociedad burguesa».
 - (2) Es preciso advertir que el punto central de «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» es la noción de profesión, como la forma típicamente moderna de racionalizar la conducta ética. Muchas de las ideas que expondremos sobre la interpretación de la obra weberiana han sido inspiradas en un *pro manuscrito* de Fernando Múgica, Pamplona, 1998.
 - (3) Schumpeter (1976, págs. 262-263), al estudiar las relaciones que existen entre el cambio económico y la actividad empresarial, recalca desde el comienzo que en principio no hay nunca cadenas causales en el proceso histórico, sino solamente interacción mutua entre factores distinguibles.
 - (4) «No es fácil encontrar quien reconozca sin prejuicios que un empresario de este «nuevo estilo» sólo podía mantener el dominio sobre sí mismo, y salvarse del naufragio moral y económico mediante una extraordinaria firmeza de carácter; y que (aparte de su clara visión y su capacidad para la acción) fueron precisamente ciertas cualidades éticas claramente acusadas las que le hicieron ganar confianza indispensable de la clientela y de los trabajadores, dándole además la fortaleza suficiente para vencer las innumerables resistencias con que hubo de chocar en todo momento; y, sobre todo, a esas cualidades debería la extraordinaria capacidad para el trabajo que se requiere en un empresario de esta naturaleza, y que es del todo incompatible con una vida regalada (Weber, 1995, pág. 69).
 - (5) Los orígenes inmediatos del examen del espíritu del capitalismo moderno a manos de Weber pueden advertirse claramente en las contribuciones anteriores de Simmel y Sombart. El capítulo 3 de la «Philosophy of Money» de Simmel, titulado *El dinero en la secuencia de los propósitos*, tiene una semejanza notable con la exposición que presenta Weber de la «ética económica» en el capítulo 2 de «La ética protestante y el espíritu del capitalismo». Simmel presenta el fenómeno del dinero como el ejemplo más extremo de un medio que se convierte en un fin. La influencia de Benjamín Franklin en Weber, en esta misma idea, es muy clara. De otra parte, los ensayos de Weber sobre la ética protestante pueden entenderse mejor como una respuesta específica a los detalles (pero no a la estructura) del argumento de Sombart, porque lo que deben atacar obviamente los ensayos de Weber son las dos afirmaciones de Sombart acerca de los elementos duales de «el espíritu del capitalismo moderno» y de sus orígenes judíos. Al no cuestionar la estructura de Sombart, su propia explicación revela idénticas ambigüedades etiológicas e inclinaciones tautológicas acerca de los efectos y la naturaleza del propio espíritu del capitalismo.

Simultáneamente, lo que fue origen, al menos significativamente, de una nueva conducta racional, toma ahora tintes nuevos, por lo que observa Weber una paradoja: la característica distintiva del moderno capitalismo occidental es que posee «un espíritu», pero a la vez afirma que el capitalismo puede funcionar –y funciona de hecho– al margen de dicho espíritu, sin que por ello cambie la conducta en su forma.

Lo que está latente en esta paradoja es pensar una situación de equilibrio en que «conducta», «motivos» y «valores sustantivos que orientan el vivir» (1) constituyen una cierta unidad funcional indiferenciada, en la que la vivencia de los valores produce y reproduce el componente normativo de la conducta. La indiferencia funcional afecta a los valores y a las normas. Desde esta perspectiva, una racionalidad sustantiva sería aquella en la que la orientación psíquico-subjetiva al valor por parte del agente racional fuera tal que bastara para regular la conducta. En esta situación, la orientación de los valores y la vivencia de las normas se adecua en el plano subjetivo de los motivos al obrar. Sin embargo, Weber es consciente de que el equilibrio es inestable. Dicho de otro modo, el sistema funciona, de hecho, diferenciando valores, motivos y normas.

Lo sorprendente del planteamiento weberiano es que se haya dado cuenta de que esa diferenciación no altera la conducta, en su forma, al vaciarla del espíritu que la iluminaba. Cuando Weber sostiene que la apropiación de las máximas subjetivas éticas ya no es una condición para la existencia del capitalismo, está queriendo expresar que la primitiva forma de conducta permanece –ahora diferenciada y autonomizada–, pero el espíritu que la animaba desaparece. La posibilidad de esta permanencia de la conducta estriba en el poder de autonomización de la economía. Dicho poder consiste en que el componente normativo siga regulando la conducta, es decir, asegure la subsistencia de la forma, pero sin el espíritu que le dio origen. La clave está en el proceso de diferenciación en el ámbito de la conducta: valores, normas y motivos. Lo que en origen eran unas ideas religiosas, se plasma ahora en unos valores culturales (cosmovisión). La racionalidad formal weberiana (2), que es la racionalidad con arreglo a fines, no es originaria, sino derivada de aquella otra, la sustantiva, que es la racionalidad con arreglo a valores que encontró en el ascetismo calvinista.

La economía, en la medida en que se ha mecanizado no necesita de esas ideas religiosas (3). Se fragua el dualismo presente en el quehacer económico: de una parte, el sentido funcional; de otra, el sentido ético. Weber contribuye a resumir los múltiples procesos sociales y culturales implicados para indicar los modos como están entrelazados y, al mismo tiempo, captarlos a nivel de la experiencia individual. En una palabra, capta tanto el optimismo libre de preocupaciones de la Ilustración como la desilusión que posteriormente la acometió. Finaliza su «Historia Económica General» (1978) haciendo mención al desplazamiento del ideal religioso en la ética económica como una de las realizaciones específicas del protestantismo, consistente en haber puesto la ciencia al servicio de la técnica y de la economía. El capitalismo ahora tiene una vida propia que genera sus propias motivaciones, y no necesita ningún estímulo religioso para mantenerlas vivas.

(1) Una acción racional con arreglo a valores, o también racionalidad sustantiva, es aquella que se orienta por fines en el contexto de un sistema de valores dado. En este caso vendrá dado por el protestantismo calvinista.

(2) Este tipo de racionalidad es la que Weber encuentra en el ámbito de la economía y en el de las organizaciones, especialmente de las burocracias.

(3) Aron hace notar cómo el calvinismo favorece el individualismo. «Esta derivación psicológica de una teología favorece el individualismo. Cada uno está solo frente a Dios. Se debilita el sentido de la comunidad con el prójimo y del deber respecto de los otros. El trabajo racional, regular, constante, acaba por ser interpretado como la obediencia a un mandamiento de Dios» (Aron, 1992, pág. 273).

Los motivos de actuación del empresario capitalista se desprenden, según Weber (1944), de la racionalidad, dando lugar al siguiente esquema motivacional:

- 1) *Racional con arreglo a fines*: conducta determinada por expectativas sobre el comportamiento, tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando esas expectativas como «condiciones» o «medios» para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos.
- 2) *Racional con arreglo a valores*: conducta determinada por la creencia consciente en el valor –ético, estético, religioso o de cualquier otra forma como se le interprete– propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea puramente en méritos de ese valor.
- 3) *Afectiva*: conducta especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales.
- 4) *Tradicional*: conducta determinada por una costumbre arraigada.

En este marco weberiano puede explicarse el cambio progresivo en la conducta del empresario. De una parte, de una racionalidad con arreglo a valores (sustantiva) se pasa a una racionalidad con arreglo a fines (formal), vinculando esta última en Occidente al proceso de industrialización (1). De otra parte, la autonomización de la economía marcará la pauta y el papel que el empresario habrá de desarrollar. Por consiguiente, la ciencia económica se basta a sí misma, porque el empresario capitalista ha visto que la misma ciencia no necesita de variables exógenas para su desarrollo y el logro de fines. El éxito, riguroso y calculador, no precisa ya del ascetismo (2). La dedicación intramundana del «entrepreneur» encuentra en esta ciencia positiva el modo de lograr el mismo fin sin otras preocupaciones que las que la ciencia impone (3). La consecuencia que se deriva de todo este «background» es clara para Giddens (1985): «Es lógicamente imposible que una disciplina empírica establezca, científicamente, ideales que definan lo que debe ser. Esto constituye una premisa fundamental de la epistemología neokantiana que Weber adopta, y es una posición que da forma a todo el conjunto de su obra». La teoría formalista de los valores se constituye en fundamento de la teoría subjetiva del valor (4).

-
- (1) «La forma objetiva, institucionalizada y supraindividual es común a la racionalidad del capitalismo industrial, el derecho formalista y la burocracia administrativa; en cada esfera, la racionalización se incorpora a la estructura social y los individuos la encaran como algo externo a ellos» (Brubaker, 1984, pág. 9).
 - (2) El concepto de éxito de Weber –manifestado en el permanente logro de ganancia monetaria– es idéntico a la proposición general de Simmel de que, en las modernas sociedades de mercado de Occidente, el dinero se ha convertido en un fin en sí mismo, por lo que ya no precisa de variables exógenas a su mismo proceso adquisitivo. En vista de esta semejanza, Weber consideraba «brillante» el análisis del espíritu del capitalismo hecho por Simmel. Sin embargo, Weber critica a Simmel porque no establece una distinción adecuada entre la «economía monetaria» y el «capitalismo».
 - (3) «Cuando lo normativamente válido pasa a ser objeto de la investigación empírica, pierde, en cuanto objeto, su carácter de norma: se lo trata como algo que es y no como algo que vale», Weber (1982, pág. 260). Para una mayor profundización, véase Weber (1992).
 - (4) Puede sostenerse que lo que sociólogos (Weber y Simmel) y epistemólogos sociales (Popper y Hayek) aportaron fueron unas bases epistemológicas que conferirían una nueva comprensión del modo como los agentes económicos atribuyen sentido a sus acciones, de forma que éstas deben ser comprendidas a partir de las condiciones intersubjetivas de su constitución. Se estaban poniendo las bases para comprender mejor la relación existente entre la lógica de la acción individual y la lógica de la acción colectiva. El subjetivismo axiológico no podrá detener una tendencia acelerada –iniciada por el objetivismo utilitarista– al formalismo en el orden de los valores.

No obstante, la ciencia económica no ha abandonado su fundamento: sigue siendo esencialmente decisional. La razón de ello radica en el carácter mediático de la ciencia, que también fue puesto de manifiesto por Weber y que hoy día adquiere un relieve que merece la pena resaltar. En la relación medios-fines se advierte el carácter mediático de la ciencia, subordinada a los fines que determina el sujeto. La teoría subjetiva del valor pone de manifiesto esta subordinación al establecer una igualdad entre la significación de la satisfacción de necesidades y el valor de un producto; dicho de otro modo, es el sujeto y no la ciencia quien establece los fines. Como señala Weber (1984): «Puede también hablarse de progreso en las ciencias, siempre que se entienda por tales los conocimientos puestos al servicio de fines determinados (dichos fines los determina el sujeto que realiza esa actividad): la medicina, subordinada a la salud y al dominio del dolor; la jurisprudencia, al establecimiento y aplicación correcta de leyes; las ciencias históricas, al conocimiento de las circunstancias que determinaron la aparición de cualesquiera fenómenos culturales, y así en los demás casos. Ninguna de ellas se cuestiona si aquello que constituye su *a priori* debe o no existir, o cuándo es valorable su existencia desde puntos de vista axiológicos. Las ciencias técnicas progresan en la consecución de unos fines por cuya validez no se preguntan».

Fuera de estos supuestos, la ciencia por sí misma no progresa, según Weber. El valor del conocimiento correcto (por el que se distinguen los pueblos civilizados) es un fin tan discutible como el interés en participar en la comunidad de hombres cultos, cuando éstos son los fines de la actividad científica. Cualesquiera que éstos sean suponen siempre, según Weber, una referencia a valores que depende por entero del sujeto y no de la ciencia misma.

Sin embargo, el servicio que presta la ciencia, tanto si el fin es obvio como si no, es valioso para Weber, porque en la vida cotidiana el empresario no tiene (ni quiere tener) conciencia de los valores a los que sirve. La ciencia puede ayudarle a superar esta situación, condicionada según Weber psicológica y pragmáticamente. Así se puede advertir que toda acción singular y la vida como un todo deben renunciar a determinados fines cuando eligen otros, que existen valores irreconciliables y que las decisiones verdaderamente últimas, escogidas conscientemente, hacen que el alma escoja su propio destino (la decisión es en última instancia quien impide el conflicto. El conflicto se resuelve en la interpretación valorativa que dé el sujeto. De aquí que la valoración sea esencialmente decisional). Y, sin embargo, nunca puede determinar la ciencia qué es lo que debe escogerse. La ciencia empírica no puede deducir contenidos de cultura o ideales éticos que sean obligatorios. Las elecciones últimas no se apoyan en los resultados de la ciencia: proceden de la propia decisión orientada por los intereses, la cosmovisión y la fe personales.

Pero a pesar de esta transposición de la racionalidad –de valores a fines–, permanece la noción de profesión que envuelve la tarea del empresario. El espíritu del capitalismo, totalmente secular, se distingue actualmente por el sentido de empresa económica como vocación; el trabajo, la independencia y el éxito están todavía dotados de cualidades morales. La ética del trabajo está compartida por muchos miembros de estratos no privilegiados, quienes están por esta razón, hasta cierto grado, integrados en una empresa común con el empresario (o su sucesor).

La tensión entre el hombre profesional y los valores de la cultura, en la que se sitúa el emprendedor, también fue puesta de manifiesto por Weber. Toda acción dentro del mundo que quiera ser racional tiene que contar con las condiciones del mundo. Al hacerlo, según Weber, la acción ha de soportar en sí una profunda tensión ética. El valor de cada una de ellas puede evaluarse de acuerdo con un doble criterio:

1. El valor del éxito de la acción en el mundo (ética de la responsabilidad).
2. Algún valor intrínseco de la acción misma (ética de la convicción).

De este modo, al profesional sólo le queda considerar la «profesión» y la «cotidianidad» como la única tarea sagrada, lo único que se ejerce por sí mismo. La actividad del empresario, del político, del científico, del artista, ejercidas como vocación, reclaman la entrega a la propia causa intramundana y sólo a ella. Todo hombre serio que vive «para algo», parafraseando a Weber, vive también «de» ese algo. Todo gran artista ha servido a su arte y sólo a él: lo muestra, según Weber, la vida y la obra de Goethe. En la ciencia sólo tiene personalidad quien está pura y simplemente al servicio de su causa.

En el planteamiento weberiano del emprendedor cabe destacar una acertada interpretación: la autonomización de la economía implica un problema moral, porque supone a su vez la autonomización de la moral. Sin embargo, la conclusión pesimista de que la autonomización anuncie y realice el ocaso del espíritu religioso que los unificó, sólo es comprensible desde el desenfoque en el modo de abordar el tema de la diferenciación social: el recurso al espíritu cristiano-calvinista del capitalismo como elemento unificador que verifica la transformación de la economía en una ética absoluta, y viceversa, por lo que ambas resultan indiscernibles. La respectiva autonomización de ambas esferas de valor –la económica y la moral– dan lugar, por un lado, a una liberación del moderno hombre económico y, por otro, a una ética objetiva del mercado que no necesita de cualidades éticas del individuo.

Una vez desarrollado, descriptivamente, el origen del emprendedor desde una perspectiva económica y sociológica, es preciso dar un segundo paso y detenernos en la cuestión metodológica que subyace a esta nueva interpretación comprensiva de la función empresarial en la moderna economía capitalista.

5. El emprendedor: una cuestión metodológica

El hecho de resaltar el emprendedor como una cuestión metodológica encaja con el espíritu de la época en la que surge. Sin pretender ser exhaustivos, y postergando su desarrollo para sucesivas investigaciones, podemos señalar como aspectos de ese espíritu los siguientes:

1. El pensamiento centroeuropeo, en el que convergen los autores vistos, se propone encontrar una comprensión histórica de la «Modernidad».
2. De acuerdo con dicho objetivo, el proceso histórico al que todos vuelven su mirada es el nacimiento, auge, desarrollo y consolidación del capitalismo. ¿Por qué el capitalismo?
3. Una respuesta plausible es porque el capitalismo representa o expresa los valores de la «Modernidad». En el capitalismo, la economía se autonomiza de las demás esferas de la vida social, y en semejante proceso se manifiesta la evolución del espíritu europeo hacia el individualismo, el subjetivismo y la racionalización.

De acuerdo con Koslowski (1997, pág. 31) (1), individualismo y subjetivismo están unidos al proceso de racionalización, tal y como Weber lo ha expresado en «Economía y Sociedad» (1944) al describir el capitalismo y las formas organizativas de carácter burocrático como dos grandes fuerzas racionalizadoras. Esto va a permitir la posibilidad de un tratamiento empírico de la vida y pensamiento del empresario innovador. Es decir, facilitará dar una estructura que explique su realidad no sólo como fenómeno económico, sino como elemento perteneciente a un organismo social (2). Este intento weberiano es consistente con lo pretendido por Schumpeter (1976, pág. 265) al afirmar que «podemos formular nuestra tarea como un intento de escribir una historia comprensiva del empresariado», coincidiendo en los supuestos y desarrollo con la sociología comprensiva que Weber lleva a cabo.

Schumpeter (1976, pág. 91) entiende que «los empresarios pertenecen, por tanto, a un tipo especial, y su conducta es el motivo de un número muy significativo de fenómenos». Weber, por su parte, observa en la conducta del empresario una llamada que originalmente encuentra en un ideal religioso –ascetismo protestante vinculado al calvinismo–, y posteriormente se vaciará de todo contenido religioso –por un proceso de diferenciación progresiva– para quedar en un concepto de cultura, con el mismo sentido de llamada. La conducta empresarial siempre es entendida como racionalidad. El concepto de emprendedor weberiano viene a ser una prolongación del schumpeteriano. La principal diferencia entre ambos estriba en que el empresario de Schumpeter desarrolla virtudes como condición de su conducta con arreglo a futuro, cumpliendo así el principio de continuidad, mientras que el empresario de Weber desarrolla virtudes como consecuencia de su ascetismo intramundano. Se acentúa en Weber, por decirlo de algún modo, el aspecto valorativo, por su marcado carácter decisonal, presente también en la concepción schumpeteriana (3).

En otras palabras, para Weber (1995) todo «ascetismo racional» pretende una afirmación de los «motivos constantes» del hombre frente a los afectos y factores sentimentales: sólo así consigue educar una personalidad en sentido, según Weber, psicológico-formal. Las características de este ascetismo son:

1. Ser capaz de llevar una vida alerta, clara y consciente.
2. Terminar con el goce despreocupado de la espontaneidad vital.
3. Ello, por medio del orden en el modo de vida del virtuoso.

El ascetismo racional en Weber se eleva a categoría de profesión. El asceta no huye del mundo, sino que está vuelto hacia él en un sentido específico. El obrar cotidiano, no tal como es en sí mismo, sino metódicamente racionalizado y puesto al servicio del ser supremo, se eleva a

(1) «En efecto, este proceso está firmemente unido a la historia de la libertad en la cultura occidental. Individualismo significa la liberación del hombre de las limitaciones impuestas por la posición social heredada y las normas sociales y religiosas. Este proceso implica una diferenciación entre el individuo y la sociedad, que el primero percibe simultáneamente como liberación y enajenación. Es señal del desarrollo hacia el subjetivismo. El sí mismo, el yo, no el grupo, se hace responsable de sus acciones y su posición social. El individualismo occidental se basa en esta evolución del rango al contrato y de la adscripción al logro», Koslowski (1997, pág. 31). El individualismo metodológico no es propiamente una teoría general en ciencia social, sino un modelo o paradigma de análisis en ciencia social aplicable a la sociología, la economía, la teoría de la organización y el comportamiento organizacional, etc.

(2) Weber, igual que Menger, considera la sociedad como el lugar de «problemas teóricamente posibles», que hay que construir desde una previa elaboración conceptual (Roversi, 1984, pág. 110).

(3) Para Schumpeter (1976, pág. 100), «la acción no sigue prontamente al deseo, correspondiendo solamente a ella en forma más o menos imperfecta», y «el campo de la elección individual está siempre limitado, si bien en forma y grados diferentes, por los hábitos y convenciones sociales, así como por elementos parecidos».

la categoría de «profesión». Se constituye así una «ética vocacional» que se propone la formación del «hombre profesional» de un modo más profundo, según Weber, que la simple afirmación del mundo del humanismo ingenuo de la antigüedad y del catolicismo laico. El asceta intramundano es un racionalista cuya vocación tiene por escenario el mundo, tal como se ha presentado en todas las direcciones ascéticas del protestantismo, rechazando del modo más radical que el fin religioso fuera la riqueza o algún otro bien terrenal. El determinismo de la concepción calvinista de predestinación ha sido el medio de sistematización, según una ética de la convicción, más poderoso de cuantos pueda imaginarse.

Tanto Schumpeter, en su intento de llevar a cabo una teoría comprensiva del empresariado (1), como Weber en el desarrollo de una sociología basada en los elementos de la «Modernidad»: individualismo y subjetivismo unidos en la racionalidad (2), entienden que en el fondo subyace una cuestión metodológica, lo que va a permitir afrontar el gran tema de la época –el capitalismo– desde un nuevo enfoque: el de los actores sociales, los motivos de su acción, la comprensión que ellos tenían de los valores morales y las normas culturales que guiaban su conducta. Para Weber, este enfoque supondrá afrontar una teoría sociológica coherente de la formación del mundo moderno. Los tres términos decisivos son aquí: comprender («verstehen»), es decir, aprender los significados; interpretar («deuten»), es decir, organizar en conceptos el sentido subjetivo; explicar («erklären»), es decir, destacar las regularidades de las formas de conducta (Aron, 1992, pág. 286). El punto fundamental de la metodología weberiana que destaca Sahay (1974) es que el análisis sociológico está en función de valores, individualidad y comprensión, y las cuatro formas del tipo ideal (3) son los distintos medios de relacionar estos principios metodológicos, cada uno dependiente del tipo particular de material.

Este procedimiento que Weber lleva a cabo es clave (4). Se trata de tener presente que la interpretación analítica originaria del emprendedor precede a la interpretación histórico causal. El propósito radica, por tanto, en establecer conexiones de sentido, que no causales, mediante el valor, que es esencialmente decisional.

-
- (1) Schumpeter señala que Menger «comprendió correctamente que, en Alemania, no era en verdad su teoría lo que se rechazaba, sino más bien todo género de teoría, y consiguientemente emprendió la batalla por determinar el justo lugar que corresponde al análisis teórico en las cuestiones sociales. A esta batalla –habitualmente conocida con el nombre de «Methodenstreit»– se debe su obra sobre metodología de las ciencias sociales, en la cual, con una minuciosa sistemática y sirviéndose de formulaciones que hasta ahora raras veces han sido mejoradas, intentó delimitar el alcance de la investigación exacta en un campo lleno de confusión metodológica» (Schumpeter, 1990, págs. 128-129).
 - (2) Esto es posible porque, como hace notar González (1989, pág. 299), «la relación de Weber con la teoría económica marginalista no se limita a una referencia histórica a las posiciones de Menger. Gracias, sobre todo, a su relación con economistas de la segunda y tercera generación de la escuela austríaca, como F. von Wieser y L. von Mises, podrá seguir de cerca los desarrollos más recientes de la teoría de la utilidad marginal hacia una fundamentación del problema del valor, que rompe con los supuestos psicológico-hedonistas del liberalismo manchesteriano». Alude este autor a las referencias explícitas de Weber a la figura de Menger, bastante abundantes aunque puntuales, en la obra de Weber (1951, pág. 227), en la que se hace referencia a los esquemas teóricos de Menger como tipos ideales de adaptación racional al mercado. También se hace referencia a Tenbruck (1959, pág. 573 y siguientes), quien recuerda la influencia del marginalismo mengeriano sobre la teoría de la conceptualización típico-ideal de Weber, así como sus límites. En esta misma obra, págs. 622-623, Tenbruck alude a F. Gottl, con quien Weber polemiza en sus ensayos sobre Knies, pero al que reconoce el mérito de haber logrado perfeccionar las construcciones racionales de Menger, limpiándolas de toda connotación psicologista.
 - (3) Por tipo ideal cabe entender los modos en los que se puede interpretar significativamente la conducta racional del moderno agente económico.
 - (4) Un planteamiento similar sigue Georg Simmel (1986, pág. 94) cuando expresa que «la estructura de todo comprender es una síntesis interior de dos elementos escindidos de antemano. Está dado un fenómeno fáctico que como tal todavía no es comprendido. Y a esto se asocia, a partir del sujeto para el que está dado este fenómeno, un segundo elemento que, o bien se alza inmediatamente para este sujeto, o bien es recogido y elaborado por él; se trata precisamente del pensamiento comprensivo que, por así decirlo, atraviesa aquel elemento primariamente dado y le convierte en uno comprendido».

Respecto al valor probatorio de la tesis weberiana, que establece una conexión de sentido entre la racionalización de la conducta ético-religiosa y la racionalización de la conducta económica, resulta particularmente interesante la comparación que Llano (1992, pág. 489) hace de esa tesis con el concepto aristotélico de verosimilitud. Esta «es sobre todo la cualidad que tienen la mayoría de sus interpretaciones de los procesos históricos. En primer lugar, la referida a la ética protestante y el espíritu del capitalismo, pues si alguna es la causa de su evidencia intuitiva y de la aceptación por parte de muchos es la de resultar una interpretación verosímil. Weber parte de una afinidad electiva entre un determinado comportamiento activo económico y otro comportamiento activo religioso; afinidad que se hace metodológicamente más verosímil por la construcción de unos respectivos tipos ideales con puntos comunes de transición (trabajo profesional vocacional y ética ascética profesional), y cuyo punto de contacto causal se determina con la construcción de los respectivos procesos ideales de acercamiento (ascetización del trabajo profesional, utilitarización y secularización de la ética religiosa del trabajo). De este modo cierra Weber la «cadena de combinaciones» que se dieron a su juicio sobre suelo calvinista».

La metodología nos vuelve a poner de manifiesto el carácter indiscernible de economía y ética absoluta que se vislumbraba al término de la parte descriptiva de este estudio. El trabajo profesional capitalista, en el que se manifiesta el emprendedor, presenta indudables rasgos ascéticos y, a su vez, la ascética protestante calvinista llegó a convertirse en profesional. La similitud entre uno y otro se puede apreciar en el común carácter sistemático, racionalizador y burgués que poseen. A este respecto, señala Llano (1992, pág. 504) que «para que ambos conceptos se acaben de identificar, Weber tiene que secularizar la ascética –abandonar lo religioso y quedarse con lo que tiene de racionalizador– y espiritualizar el trabajo –llamándolo vocacional por ser sistemático y abnegado; es decir, haciéndolo ascético sin raíces religiosas–. De este modo advierte Weber la influencia de la ética protestante en la cultura burguesa y en su concepto de trabajo profesional».

De este análisis prospectivo del emprendedor que hemos llevado a cabo, conviene hacer notar las siguientes características:

1. Proceso gradual en la emergencia del «entrepreneur».
2. Su ligazón, en los comienzos, con la teoría económica de la utilidad marginal.
3. Fundamento de un primer intento de una teoría comprensiva del empresariado.
4. En su origen es entendido como una racionalidad con arreglo a valores –sustantiva–. La progresiva autonomización de la economía por un proceso de diferenciación social (valores, normas, motivos), hace que la racionalidad originaria derive hacia una racionalidad con arreglo a fines –formal–. La conducta del empresario, que en un inicio estuvo iluminada por el espíritu religioso, ya no precisa de él, y manteniéndose la misma conducta, son ahora los valores culturales los que dan forma a esa conducta con el mismo proceso de racionalización.
5. Se acentúa el carácter metodológico que subyace a la racionalidad del nuevo agente económico. La conceptualización del emprendedor, que llevan a cabo los autores estudiados, hay que enmarcarla en el conflicto de los métodos –«Methodenstreit»–, un decisivo debate histórico sobre el modo apropiado de cultivar la ciencia económica.

6. Las bases que sustentan originariamente el análisis de la conducta del emprendedor son, fundamentalmente, dos:
 - a) el individualismo metodológico;
 - b) la teoría subjetiva del valor.

Llegados a este punto, convenimos con Martín (1991, pág. 146) en que «la vigencia de un paradigma no implica la existencia de una conexión reconocida y consciente con el creador del paradigma, sino, simplemente, la inserción en el contexto de los que piensan la realidad dentro de un mismo marco de referencia». De este modo, lo común a todos los autores que se mueven en el paradigma weberiano es la centralidad de la acción social y, en buena medida, la centralidad del sujeto como conciencia racional. Por consiguiente, la importancia de la metodología weberiana, para la finalidad de este trabajo, reside, como señala Martín (1991, pág. 145), «en el hecho de haber elaborado la trama sobre la que cada cual trazará su propio diseño, pero de la que nadie hasta nuestro tiempo ha podido escapar».

6. Un enfoque alternativo

El comprensible desencanto weberiano, del que se ha hecho mención a lo largo del trabajo, no debería hacernos pasar por alto la cuestión crucial a la que alude: la preocupante supeditación del espíritu de empresa y su potencial ético a los automatismos económico-financieros. En la medida en que la profesión empresarial se desvincula de su *ethos* y pasa a ser guiada por la pura racionalidad estratégica, en el capitalismo vuelven a hacer acto de presencia rasgos de su protohistoria, el más significativo de los cuales es lo que Weber llamó «capitalismo aventurero». La raíz de ese desencanto está, a nuestro modo de ver, en el desenfoque con el que aborda el tema de la diferenciación social: el recurso al espíritu cristiano-calvinista del capitalismo como elemento unificador o de síntesis inicial.

No ajenos a esta realidad, lo que se advierte en esta preocupación weberiana es que muchas cuestiones quedan pendientes en la comprensión del emprendedor con respecto a su lógica originaria. Y no se trata de cuestiones marginales. Como señala Martín (1991, pág. 151), «están en juego cuestiones tan decisivas como la fundamentación de los valores sociales y su posible validez transcultural, así como el sentido de la naturaleza humana, al menos como término de referencia de los sistemas culturales. Pero están también en juego cuestiones directamente relacionadas con el cambio social, el sentido de la racionalidad y su relación con la libertad, la conexión indiscutible entre las formas de organización de la sociedad, la realización personal y la felicidad». Las expectativas acerca de una mayor y mejor comprensión de la acción social, inherente a la teoría de la organización, son suficientemente esperanzadoras como para, al menos, plantearse la necesidad de encontrar un nuevo paradigma, hasta ahora no encontrado, que permita explicar las anomalías existentes y dé respuesta global a los problemas que tienen pendientes las ciencias sociales.

Nos parece que un enfoque alternativo –cuyo estudio más pormenorizado y sistemático será objeto de investigaciones posteriores– puede encontrarse en una adecuada y originaria interpretación de «la profesión como vocación», en la medida en que la profesión es factor determinante del vivir e insertarse en el mundo, mientras que la vocación se estructura y se despliega en torno al trabajo. En este sentido son muy esclarecedoras unas palabras del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1932), quien describe el fenómeno de la llamada «como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica,

llega a tomar cuerpo de oficio. Esa fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador, es lo que otros llaman vocación. La vocación nos lleva –sin darnos cuenta– a tomar una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta el trance mismo de la muerte. Es un fenómeno que comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existencia». En estas palabras se concentra toda una nueva dimensión más plena, que nos permite enfocar la cuestión que nos ocupa desde otra perspectiva, en la medida en que la vocación se despliega en torno al trabajo, inserto en el mundo, y al que la vocación le comunica ese sentido de misión dotándole de plenitud. Con este sentido vocacional, y tomando como referencia el «background» diferenciado en el que se encuentra el individuo, se resalta que la plenitud humana es de cada quien. La vocación, entendida como plenitud personalizada, es la que le corresponde a cada uno realizar. Una mayor fundamentación y el correspondiente desarrollo de las implicaciones contenidas en esta afirmación quedan fuera del propósito de este trabajo y se dejarán para futuras investigaciones. No obstante, puede adelantarse, siguiendo a Yepes (1997), que la vocación, en cuanto llamada, es plenitud teleológica, personalizada como tarea encargada por medio de una llamada. Dicho de otro modo, la vocación es meta y tarea, ideal normativo que debe informar la existencia y las acciones concretas; en cuanto respuesta, es un momento de un proceso de identificación con «Aquel» que nos llama.

¿Cuál es la diferencia sustancial que se encuentra en este enfoque alternativo de entender «la profesión como vocación» y la propuesta de los seguidores de la escuela marginalista que hemos expuesto? La diferencia radica en que los marginalistas entienden la vocación destacando la «libre elección» y la «ausencia de impedimentos», mientras que en nuestra propuesta se resalta la «llamada» y «un destino». Respecto a la profesión, los marginalistas la entienden como «expresión creadora espontánea», mientras que en nuestra propuesta la entendemos como «proyecto» si la antropología que sustenta la profesión es teleológica.

Por último, desde una perspectiva metodológica coincidimos con los marginalistas en el medio (1), pero no en la forma. Nuestra propuesta es similar a la que formula MacYntyre (1981, pág. 205 y siguientes) en la recuperación unitaria del yo, la cual no precisa de un momento de desdiferenciación.

Para MacYntyre sólo es posible esta recuperación superando por lo menos dos obstáculos: el primero es la explicación analítica de la acción humana, que acentúa su carácter fragmentario y que, por tanto, describe la vida como una secuencia de episodios individuales. El segundo obstáculo tiene dos versiones: una, que afirma que el «yo» es independiente de todos los roles que pueda jugar, y otra que concibe el «yo» sólo como esos roles. El carácter teológico es decisivo en MacYntyre (1981, págs. 33-34) para la verdadera comprensión de uno mismo como persona social; «moverse a través de la vida es progresar –o dejar de progresar– hacia un fin dado» (2).

-
- (1) La apelación a la profesión como medio que permite reunir o acercar esferas de la vida que se han separado en exceso y para lo cual se necesita la aparición de un nuevo espíritu ético.
 - (2) Por contraste con este «yo» moderno: «en muchas sociedades tradicionales –afirma MacYntyre– es a través de su participación en una variedad de grupos sociales que el individuo se identifica a sí mismo y que los otros lo identifican a él. Yo soy hermano, primo y nieto, miembro de esta familia, de este pueblo, de esta tribu. Estas no son características que pertenecen al ser humano accidentalmente, características de las cuales debo ser despojado para descubrir el verdadero yo. Son parte de mi sustancia, definen por lo menos parcialmente, y algunas veces totalmente, mis obligaciones y mis deberes. Los individuos heredan un espacio particular dentro de un conjunto de relaciones sociales; sin ese espacio no son nadie o, en el mejor de los casos, extranjeros o excluidos. Conocerse a uno mismo como una persona social no implica, sin embargo, ocupar una posición estática o fija. Es encontrarse situado en un cierto punto de un viaje con fines establecidos; moverse a través de la vida es progresar –o dejar de progresar– hacia un fin dado».

De acuerdo con este enfoque alternativo, la «profesión» (1) se hace cultura y, en alguna medida, ha de afectar constitutivamente a la teoría de la organización y a la teoría económica, ya que la vocación abarca a toda la persona (2). Porque abarca a toda la persona, la profesión incide en el proyecto vital. Como señala Yepes (1997, pág. 95), «en el proyecto global de la vocación encuentran justificación o rechazo los contenidos concretos de la vida, el conjunto de tareas, decisiones y aspiraciones que la van configurando. Cada acto concreto se inscribe en un conjunto biográfico, y ese conjunto es el que personaliza de un modo peculiar cada acto concreto». Ahí puede encontrarse una adecuada explicación a la conducta racional del emprendedor en el ámbito de diferenciación en el que se encuentra.

7. A modo de conclusión

La apelación a la profesión, a la que se ha recurrido en el pensamiento weberiano y marginalista, presenta el siguiente objetivo: dominar un cosmos –el económico– cuya autonomización desregulada –carente de espíritu– parece ser su destino. La profesión representa un potencial ético por su doble condición de anclaje «motivacional» y anclaje de «reglas». De acuerdo con esa doble condición permite reunir o acercar esferas de la vida que se han separado en exceso.

Para llevar a cabo esta reunificación, que no necesariamente conlleva un momento de desdiferenciación –como se viera en el enfoque alternativo–, se necesita la aparición de un nuevo espíritu. De la misma manera que la fatalidad hizo que se ausentara, el destino puede hacer que regrese (3). Mientras esto no ocurra, el deber profesional, carente de espíritu, permanece como un sin sentido que es preciso cumplir inercial y mecánicamente. Como aprecia Weber (1995, pág. 259), «el individuo renuncia a interpretar el cumplimiento del deber profesional cuando no puede ponerlo en relación directa con ciertos valores espirituales supremos, o cuando, a la inversa, lo siente subjetivamente como simple coacción económica».

Ese nuevo espíritu no puede ser sino espíritu ético, y esto porque el espíritu de profesionalización está impregnado de racionalismo utilitario desde el comienzo, aunque su origen sea religioso. Este proceso lo explica Illanes (1997a, pág. 111) al advertir que «el movimiento racionalista... tuvo una particular incidencia en las naciones de mayoría protestante, como consecuencia, entre otros factores, de esa inferencia naturalista implícita en el protestantismo: al haber negado los Reformadores toda virtualidad a la razón, y mantener, en consecuencia, una fe irracional, en virtud de un inexorable proceso histórico, la razón tiende a separarse de la fe y, en consecuencia, a presentarse como única fuente de la vida moral, a la que se continúa reconociendo como fundamento del vivir social; y la religión, en cambio, tiende a

(1) «La profesión a la que se hace referencia es vista en la plenitud de sus dimensiones antropológicas y sociales como ocupación estable que cualifica a quien la realiza a la par que lo inserta en el constituirse y en el devenir de la sociedad humana» (Illanes, 1997b, pág. 114).

(2) «¿De qué manera, dominando la faz de la tierra, podrá el hombre plasmar en ella su rostro espiritual?», se preguntaba el entonces Cardenal Karol Wojtyła en una conferencia pronunciada en 1974. «Podemos responder a esta pregunta –continuaba– con la expresión, tan feliz y tan familiar a gentes de todo el mundo, que Mons. Escrivá de Balaguer ha difundido desde hace tantos años: santificando cada uno el propio trabajo, santificándose en el trabajo y santificando a los demás con el trabajo». Esa conferencia, junto con otros textos, está recogida en el libro «La fe de la Iglesia. Textos del Card. Karol Wojtyła», Pamplona, 1979; las frases citadas están en las págs. 94-95. Esta cita ha sido tomada de Illanes (1997b, pág. 46, nota 7).

(3) La ausencia de ese espíritu no implica la desaparición del sentido de llamada, como ya quedara de manifiesto. El empresario es consciente de que su actividad conlleva un sentido de misión. Sin embargo, es bien cierto que permaneciendo el sentido vocacional de la profesión, éste permanece, pero vaciado de todo espíritu y, por consiguiente, carente de sentido. El espíritu de profesionalización está impregnado de racionalismo utilitario.

ser considerada como algo exclusivamente interior, subjetivo». Efectivamente, cuando se diferencia la racionalidad ética de la acción intramundana de la orientación religiosa, sólo queda el racionalismo triunfante. En virtud de ese racionalismo sólo queda una orientación de la acción que domine racionalmente el mundo sin compromiso ascético: la acción racional con arreglo a fines. Entonces, la profesión permanece como un sin sentido, por lo que es precisa una tarea adecuada y originaria de «la profesión como vocación» que comunique al trabajo un sentido de misión, que ennoblezca y dé valor a la existencia humana. La teoría económica y la teoría de la organización encuentran en el espíritu ético las bases para desarrollar un nuevo paradigma más acorde con la estructura psicológica de la persona. □

Referencias bibliográficas

- Aron, R. (1992), «Las etapas del pensamiento sociológico», Durkheim-Pareto-Weber, Siglo Veinte, Buenos Aires.
- Brubaker, R. (1984), «The limits of Rationality: An Essay on the Social and Moral Thought of Max Weber», George Allen and Unwin, Londres.
- Buchanan, J.M. (1982), «The Domain of Subjective Economics: Between Predictive Science and Moral Philosophy», en Kirzner, I.M. (ed.), «Method, Process, and Austrian Economics», Lexington Books, Lexington, Mass.
- Burke, J. (1978), «Connections», Little, Brown, Boston.
- Butler, E. (1988), «Ludwig von Mises. Fountainhead of the Modern Microeconomics Revolution», Gower, Aldershot.
- Cantillon, R. (1931), «Essai sur la nature du commerce en général», Macmillan, Londres, reimpresión del original de 1755.
- Cubeddu, R. (1997), «La filosofía de la escuela austríaca», Unión Editorial, Madrid.
- Drucker, P. (1997), «La innovación y el empresario innovador», Apóstrofe, Barcelona.
- Durkheim, (1986), «De la division du travail social», 11ª ed., P.U.F., París.
- Escrivá de Balaguer, J. (1991), Carta, 9.I.1932, n. 9, citado por F. Ocáriz, «El Opus Dei en la Iglesia», Rialp, Madrid, pág. 149.
- González, R. (1989), «Max Weber: una ciencia empírica y racionalidad capitalista», (eds.), Montesinos, Barcelona.
- Illanes, J.L. (1997a), «Historia y sentido», Rialp, Madrid.
- Illanes, J.L. (1997b), «Ante Dios y en el mundo», Eunsa, Pamplona.

- Kantrow, A.M. (1986), «Why history Matters to Managers», *Harvard Business Review*, enero-febrero, 64, págs. 81-88.
- Kirzner, I.M. (1975), «Competencia y función empresarial», Unión Editorial, Madrid. Reproducido el cap. II, El empresario, en *Lecturas de economía política*, vol. I, Unión Editorial, Madrid (1986). Traducción del original «Competition and Entrepreneurship» (1973), The University of Chicago Press.
- Koslowski, P. (1997), «La ética del capitalismo», Rialp, Madrid.
- Llano, R. (1992), «La sociología comprensiva como teoría de la cultura: un análisis de las categorías fundamentales del pensamiento de Max Weber», Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Madrid.
- MacIntyre, A. (1981), «After Virtue», University of Notre Dame Press, Notre Dame.
- Martín López, E. (1991), «El modelo de sociedad de Max Weber. Desarrollo y crisis de un paradigma», Atlántida, abril-junio, Madrid, págs. 144-152.
- Menger, C. (1983), «Principios de economía política», Introducción de Hayek, Unión Editorial, Madrid.
- Menger, C. (1985), «Investigations into the Method of the Social Sciences with Special Reference to Economics», New York University Press, Nueva York.
- Mill, J.S. (1988), «Principles of political economy: with some of their applications to social philosophy», de *Wirtschaft und Finanzem*, Düsseldorf. Reimpresión del original de 1848.
- Mises, L. von (1997), «La acción humana: Tratado de economía», Unión Editorial, Madrid.
- Popper, K. (1973), «La disputa del positivismo en la sociología alemana», Grijalbo, Barcelona.
- Popper, K. (1982), «La sociedad abierta y sus enemigos», Paidós, Buenos Aires.
- Reynolds, P.D. (1991), «Sociology and Entrepreneurship: Concepts and Contributions. Entrepreneurship Theory and Practice», 16 (2), págs. 47-70.
- Roversi, A. (1984), «Il magistero della scienza, Storia del Verein für Sozialpolitik dal 1872 al 1888», Franco Angeli, Milán.
- Sahay, A. (1974), «La importancia de la metodología de Weber en la explicación sociológica», en «Max Weber y la sociología moderna», Paidós, Buenos Aires.
- Say, J.B. (1964), «A Treatise on political economy, or the production, distribution, and consumption of wealth», Claxton, Remsen & Haffelfinger, Philadelphia. Reproducción de la edición de 1880. Original de 1805-1807.
- Schiera, P.A., (1987), «Il laboratorio borghese», Il Mulino, Bolonia.

- Schumpeter, J.A. (1908), «Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie», Duncker & Humblot, Leipzig.
- Schumpeter, J.A. (1966), «Ensayos», Oikos, Barcelona.
- Schumpeter, J.A. (1976), «Teoría del desenvolvimiento económico», Fondo de Cultura Económica, México.
- Schumpeter, J.A. (1990), «Diez grandes economistas: de Marx a Keynes», Alianza Editorial, Madrid.
- Simmel, G. (1977), «Filosofía del dinero», Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- Simmel, G. (1986a), «De la esencia del comprender histórico», en «El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura», Península, Barcelona.
- Smith, A. (1996), «La riqueza de las naciones», Alianza Editorial, Madrid.
- Weber, M. (1947), «The Theory of Social and Economic Organization», The Free Press, Glencoe.
- Weber, M. (1951), «Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre», J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen.
- Weber, M. (1978), «Historia Económica General», Fondo de Cultura Económica, México.
- Weber, M. (1982), «El sentido de la neutralidad valorativa de las ciencias sociológicas y económicas», en «Ensayos sobre metodología sociológica», Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Weber, M. (1984), «Economía y Sociedad», Fondo de Cultura Económica, México.
- Weber, M. (1992), «La ciencia como profesión; La política como profesión», Espasa-Calpe, Madrid.
- Weber, M. (1995), «La ética protestante y el espíritu del capitalismo», Península, Barcelona.
- Yepes, R. (1997), «La persona como fuente de autenticidad», en *Acta Philosophica*, vol. 6, 1, págs. 83-100.
- Zaratiegui, J.M. (1996), «El empresario victoriano», Eunsa, Pamplona.